

Beriot y el *Carnaval* de Schumann; y como compensación á las ovaciones que se le tributaron, nos hizo esbochar unas variaciones sobre la *Mandolinata* de Saint-Saëns y un trozo de una composición de que es autor, titulada *Impresiones de España*.

Por los Teatros

El abandono y la baja temperatura que reinaba en la Comedia, desaparecieron al fin, pues Mariano de Vela le dió la obra que ha sido para ese coliseo algo así como la estufa que caldea y el paual de miel ofrecido á infinidad de personas que se afanan por ser las primeras en saborear sus dulzores.

Don Quijote de Madrid ha hecho el milagro de sacar á la Comedia del sopor en que yacía; no tiene para ello grandes méritos; pero si se le apreciarán reparando en lo mal que hoy anda la dramática española. La obra tiene algún que otro insignificante lunar; mas está escrita en sencillos versos; tiene abundancia de sanos pensamientos, y los recortes teatrales han sido tocados con el comedimiento preciso. Sus personajes carecen de falsedad y el desarrollo de toda la trama es lógico é interesante.

En la Zarzuela también hubo su manija de acontecimiento con el estreno de la *Boda de Luis Alonso*. Sus padres son Javier de Burgos y el maestro Jiménez, é inútil es decir que el éxito fué ruidoso y que hay obra para rato. El sainete sirve para presentar tipos y costumbres genuinamente gaditanos y para que un inspirado compositor lleve al pentágono notas coloristas que recuerdan la tierra de las pescadillas y de las bocas. En resumen: una obra inspiradísima y agradable que dará mucho dinero á sus autores, particularmente en Andalucía.

JULIO ABRIL.

Madrid, 5 Febrero 1897.

LAURA

NOVELA CORTA

(Continuación.)

Laura encontró á su hermana en un estado muy alarmante, que le hizo comprender con honda pena que no estaba lejano el cruel desenlace de aquella enfermedad que en realidad era desconocida para los médicos.

Un día Teresa apareció más animada y aprovechando un momento que estaba sola con su hermana, mirándola con extraordinaria ternura, la dijo:

—Hermana mía: acaso te disgusta lo que voy á decirte; pero se impone la necesidad; perdóname y escucha.

—Veo, por fortuna, muy cerca el último día de mi vida...

—¡Por Dios, Teresa, no prosigas!— interrumpió Laura con doloroso acento.

—No me interrumpas, hermana mía, y escuchame por el santo recuerdo de nuestra madre...

—Veo, repito, llegar mi última hora; no siento dejar el mundo, lo abandonaría con verdadero placer, si no fuera por ese pedazo de mi alma que en él dejo: mi hija, mi Carmen.

—Pero tu eres buena, tu podrás sustituirme en el cuidado de ella y esta idea me tranquiliza hasta el punto de considerarme dichosa por abandonar el martirio de la vida.

El gran deseo de verte y la ansiedad por hacerte un encargo de la mayor importancia, me determinaron á escribirte...

Oya... escucha...—la voz de la enferma se hizo aquí profunda y cavernosa, mientras toda la energía de su cuerpo se reconcentraba en sus ojos.—Júrame por el amor que me tienes, por el que profesábamos á nuestra santa madre, que no abandonarás á mi hija un momento, que serás para ella lo que he sido yo...

Y al hablar así, estrechaba convulsivamente la mano de su hermana.

Laura temblaba; sufría horriblemente ante el padecimiento de la pobre Teresa, y con voz entrecortada por los sollozos, juró ser madre de su sobrina.

La enferma pareció adquirir nuevas fuerzas; con energía grande atrajo hacia sí á su hermana y con voz á la que la emoción hacía solemne:

—Júrame otra vez,—la dijo,—que no abandonarás jamás á mi hija.

—Te lo juro por la salvación de mi alma,—contestó Laura, á la vez que abrazando á su hermana, prorrumplió en desconsolado llanto.

El esfuerzo hecho debilitó á la enferma: cayó desfallecida en el lecho, mientras murmuraba:

—Gracias, Dios mío; gracias, Laura; ya muero tranquila.

Poco rato después la infeliz Teresa exhalaba su último suspiro.

La escena que se siguió, fué horrorosa para Laura, que con Carmencita en los brazos, tenía que contener su dolor, para no motivar preguntas inocentes que le hubieren destruido el corazón.

Solo Oscar demostraba un sentimiento que no sentía; pero la joven no estaba en disposición de hacer observaciones.

Transcurrieron muchos meses sin que Carlos tuviese noticias directas de su amada, de cuya familia sabía algo por las que de tarde en tarde le transmitía el bueno de D. Florencio, y ésas solo relativas al buen estado de su salud.

El entretanto continuaba mandando el primer escuadrón del regimiento que acuartelaba en la Barceloneta, dedicando todo el tiempo libre al cuidado de su anciana madre, que con mucha frecuencia le hablaba de la mujer que le había arrebatado el corazón.

El día que comienza nuestra historia, llegó al campo de instrucción y se hallaba almorzando en el tiempo del primer descanso, en compañía de otros oficiales, cuando vio llegar á su asistente Cesáreo, que á gatope tendido corría á su encuentro.

Apenas llegó, entregó al capitán una carta, concebida en los siguientes términos:

«Amigo Carlos: Hemos llegado á ésta hace muy pocas horas; me amenaza un gran peligro y necesito tu ayuda.

Nos hospedamos en el Hotel Rusia.

—Laura.»

Cesáreo había sido el asistente de Alberto, quien al marchar á Filipinas, lo recomendó mucho á su amigo Carlos, pues además de ser un buen muchacho, era listo é instruido.

El mismo tiempo que entre uno y otro llevaba sirviendo, hizo que alcanzase un completo conocimiento de todo lo que á las familias se refería, así es que cuando recibió la carta dirigida á su capitán, no necesitó más que oír que era urgente, que la mandaba una señorita recién llegada de Londres, para coger su caballo y marchar á escape á llevarla á su amo.

La impresión sufrida por éste, es indescriptible; pensativo y nervioso á la vez, sin saber lo que sucedía, no podía explicarse lo que podía ocurrir.

Casi frenético y sin querer perder un instante, pidió y obtuvo de su coronel, permiso para retirarse, porque realmente estaba enfermo, y el único medicamento que podía hacerle efecto, era llegar cuanto antes al lado de aquella mujer que le guardaba el alma y que necesitaba su auxilio.

No necesitamos decir el tiempo que tardó en salvar la distancia que le separaba de su casa.

Llegaron cubiertos de polvo, sin que Carlos encontrase palabras para explicar á su madre la agitación que ésta había notado en su hijo.

Cesáreo en un momento le dijo estas palabras:

—Ha venido la señorita Laura.

Entretanto el capitán se vestía con rapidez febril y en pocos minutos quedó en disposición de salir á la calle, gracias á la ayuda del buen asistente.

Se dirigió al Hotel de Rusia donde le esperaba el disgusto más terrible, el más cruel desengaño.

Presa de la mayor ansiedad, corría guiado por su amor y por la nobleza de su corazón; solo ansiaba llegar al lado de su objeto adorado, contemplarla con todo el cariño que abrigaba en su pecho y defenderla contra todos los peligros que pudieran amenazarla.

Con estos razonamientos que preocupaban su imaginación, no se dió ni siquiera cuenta de que subía la escalera del Hotel, y maquinalmente se dirigió á la habitación que le indicó un criado, y en la cual esperaba Laura, en aquel momento bellísima, ideal.

KO-FRAN.

(Se continuará)

LICEO SEGUNTINO

Con el juguete titulado *Hay entre suelo* y las zarzuelas *El Cabo primero* y *La marcha de Cadix*, abrió sus puertas días pasados tan distinguida sociedad seguntina, hallándose literalmente ocupado el salón.

La justa fama de que goza la tercera de dichas obras, unida al aliciente de debutar por vez primera la nueva tiple madrileña contratada para el Liceo, Srta. Amalia Campos, determinaron tan numerosa y selecta entrada.

Acercos de la interpretación de dichas obras por parte de los aficionados, únicamente diremos que hubieron de repetirse todos los números de música, deplorando los concurrentes que la hora se hiciese tan intempestiva que no les permitiera saborear más y más como fuera su deseo, las amenidades

de letra y música que dichas obras contienen.

La circunstancia de haber obtenido tan ruidoso éxito dichas obras nos permitirá ocuparnos en sucesivas revistas, de cada uno de los aficionados, cuya rivalidad por el triunfo rayó á gran altura, y hoy nos ocuparemos exclusivamente de la primera figura en escena, causa ocasional del triunfo.

Al aparecer la Srta. Campos en escena, una nutridísima salva de aplausos acogió su gentil y esbelta figura, preciosamente engalanada con su traje de aldeana Salamantina, y al terminar su romanza del *Cabo primero*, nuevamente estalló el aplauso del público, y al merecer los honores de la repetición, cantó todavía mejor ¡si cabel, puesto que en su canto primero era motivo para emocionarla el presentarse por vez primera ante numeroso y desconocido público, siendo no menos aplaudida en el duo de patos de *La Marcha de Cadix*, que desde luego la hubiese resultado más lucido si su compañero en escena reuniera mejores condiciones de actor y cantante.

Para terminar, diremos que la señorita Campos, dados sus conocimientos artísticos dentro de su corta edad, promete mucho en las tablas, pues claramente se ve que sus escasos años no la han permitido aún afirmar su voz, ni dominar en absoluto la declamación, pudiendo asegurarse que llegará día en el que sea rival de las notabilidades de hoy en este género.

Damos, pues, nuestra más cumplida enhorabuena á la debutante, deseándole progreso y laureos sin cuento en su artística carrera.—*El Corresponsal*.

BAFAGAS MADRILEÑAS

Acabo de llegar á mi casa, lector; he abierto con cuidado la puerta del cuarto; he recorrido con pasos quedos la distancia que hay hasta mi habitación de trabajo, á fin de no interrumpir el silencio que sorprendía á mi alrededor, y ya me tienes hollando con la pluma la virginidad de las cuartillas.

Los míos duermen, y como ellos, parece hacerlo toda la casa y cuanto me rodea: tal es la quietud y el silencio que reina en mi pobre vivienda.

Parecía no haber en ella más morador que yo, si de vez en cuando la tos de un ser queridísimo no resonara en las habitaciones como quejas del corazón.

¡Qué ausencia de vida sorprende mi espíritu en este momento, al hacerse cargo del sepulcral ambiente en que ahora se halla! Bonita ocasión para escribir un artículo de esos que con singular agudeza llamó *pingosos* un ingenioso escritor.

Pero... está tranquilo, lector, no soy aficionado á disquisiciones que producen dolor de cabeza, y menos á *hilar* cosas tristes. Entre mis cabellos castaños se esconden—por desgracia bien poco—algunas hebras blancas, si; pero aún la vida me brinda con placeres y alegrías... ¡soy joven! y si es cierto que las contrariedades suelen abrir paréntesis en mi felicidad, mi dicha es grande, pues estoy recorriendo el camino sembrado de ilusiones que tiene por techumbre y horizontes rosadas nubes, y por esto, ni tú, ni yo podemos temer me ponga á filosofar.

Son las dos de la madrugada, hora en que las calles están casi desiertas y la atmósfera libre de ese mareante rumor formado por el trotar de los caballos, el rodar de los coches, el gritar de los vendedores y el conversar de la gente que vá, viene, se para y vuelve á marchar, siempre murmurando, siempre contribuyendo á la composición de ese conjunto de notas que se resiste á ser llevado al pentágono.

La falta de murmullo tal, con tanta perfección hace llegar hasta mí el ruido de las pisadas y las conversaciones de los contados transeúntes, que casi me entero de lo que habla Salvador, mi sereno, con la pareja de Orden público que vigila lo bien cuidado y deja en el olvido aquello que necesita constante guardián.

La conversación de las tres nocturnas autoridades, hácese recordar el frío de la calle y cuanto á mi vista se ofreció en el trayecto que hubo de recorrer para dar con mi cuerpo en este rincón.

He estado en la Zarzuela viendo *El padrino de El Nene*.

Como es costumbre en los teatros que se rinde culto al género *chico*, dicha obra, por representarse en último lugar, terminó á la una y media de la madrugada.

Cuando abandoné el coliseo de la calle de Jovellanos la temperatura era de algunos grados bajo cero; las estrellas asemejábanse á diamantes heridos

por potente luz; el pavimento de las calles parecía sembrado de brillante polvillo, y á cada paso me sentía envuelto en oleada de aire, que me hacía pensar en los millares de pulmonías que se reparten ahora en Madrid.

A medida que con paso nada calmoso me alejaba del teatro, de mi cerebro iban desapareciendo las imágenes y las ideas que en él grabaron el aspecto de la sala y la nueva obra de Julianito Romea, borradas por otras menos halagadoras y sugestivas, porque su existencia tenía origen en el Madrid que en aquellos momentos se presentaba ante mi vista.

La desgraciada que se ofrece con repugnante descaño á satisfacer los apetitos brutales de la materia; la pobre vergonzante que se oculta en las sombras; el jornalero á quien faltan diez céntimos para la cama; el cesante que pide una vela para alumbrar la bohardilla; el niño que pordioseca para miserables explotadores; el *golfo* que duerme en los quicios de las puertas; el ser de mala catadura que deja trascurrir la noche haciendo que pasee; la tienda de vinos por cuya mal cerrada puerta salen pestilentes vahos y groseras frases, todos, revueltos, á modo de cadena de heterogéneos eslabones, me los he ido encontrando en las calles, produciéndome náuseas su presencia, porque su conjunto forma un cuadro de tonos sombríos y miserables.

Parecerá exageración, pero á esas clases de seres pertenecen la mayoría de los que transitan las calles de Madrid en las primeras horas de la madrugada.

Por cada media docena de transeúntes que por su porte nos parecen decentes, y que son rezagados de los teatros, cuentertulos ó casas ó círculos de la alta sociedad, ó personas que sus deberes les obligan á *vivir de noche*, vemos dos ó tres docenas de tan desgraciadas criaturas.

A todas las grandes capitales pasa lo mismo; todas tienen dos caras, ambas muy distintas. Una y otra es preciso estudiar si se quiere conocer lo que la gran ciudad encierra.

Para conocer á Madrid es preciso visitar sus calles después de mediada la noche, penetrar en los cafés que se cierran de madrugada, en las tabernas y cafetines, en las inmundas casas de dormir, en las buhardillas, en determinados círculos de recreo, y con paciencia estudiarlo todo, respirar el ambiente de esos lugares, mas procurando conservar la lucidez necesaria, para que los sentidos se impresionen y el espíritu sienta y juzgue lo que se esconde tras de aquellos andrajos de pordioseros; tras de aquellas galas de rameras; tras de aquellos rostros congestionados por el alcohol ó embrutecidos por el crimen.

Mas... perdona lector; prometí no hablar de cosas tristes, y ahora me apercoibo de que estoy en terreno para mí vedado. Pero no es mía la culpa, no; es del ambiente que dejé en la calle y del estado en que me encuentro.

Estoy entre objetos que despiertan en mí dulces remembranzas; entre objetos que sólo amor, felicidades y dichas traen á la cabeza; pero es muy tarde; tengo frío y sueño á la vez, y como sabes, estas dos cosas ahuyentan las ideas, por lo cual no debe extrañarte esa distracción, y que de mi pobre cerebro hayan salido unas líneas tan mal pergeñadas como faltas de sentido.

D. ALONSO MORAIS.

Noticias generales

El fallecimiento del que fué en vida D. Alejo Cubillos Sanz, ocurrido en Sigüenza el 30 de Enero pasado, tras larga y penosísima enfermedad, noticia que ya adelantamos en el pasado número, ha producido general sentimiento.

Las singulares prendas de afabilidad y honradez que adornaban á dicho señor, hacen que la población entera sienta como propio el justo dolor de su familia. A la esposa é hijos políticos, muy queridos amigos nuestros, y demás familia, damos nuestro más sentido pésame.

De Anón nos comunican que se terminó hace bastantes días la recolección de la aceituna, siendo así que el año anterior en el mes de Marzo aun estaban verificando esta operación. La cosecha, que en principio se creyó escasa, puede considerarse casi nula. Y como lo que sucede en el referido pueblo es general en toda la Alcarria y en casi todas las provincias de España cuyo producto principal es el aceite, de ahí que se venda á 975 pesetas arroba,